



EL PUEBLO ENCANTADO

Andrés García Román

Los nuestros

Juan Carlos Reche
Pre-Textos: Valencia, 2016
116 págs.

■ POR ALGUNA RAZÓN VUELVE A DESEARSE en la poesía española un cierto trato con lo popular. Son muchos en verdad los frentes que esto abre en una tradición poética y literaria en donde este elemento juega un rol tan «esencial», pero, limitándonos a lo inmediato, nos quedaremos con las implicaciones de tal querencia en la representatividad de la voz del poema. Pues bien, parece claro que se empieza a (querer) romper el hielo de una poesía absolutamente autista, en la que cada cual enarbola su propia no-tradición, su in-diferencia. Parece ciertamente que el yo —y es natural buscar las causas de ello en estos años críticos de «nuestra» historia— quiere volver a explicitar su relación con el nosotros y/o a reformularse con acuerdo a ello. De ser así, *Los nuestros*, último libro de Juan Carlos Reche, no sólo se haría eco de tal tendencia aún incipiente, sino que la convertiría en su razón de ser. Pues no sólo se da en el libro el plasticismo de un habla andaluza, la referencia al flamenco a veces transubstanciada en cante, sino también la voluntad expresa de guiar el gusto, de poner las bases de un compromiso con la totalidad y de reflexionar sobre el papel de la poesía, del poeta. A lo largo del poemario, «los poetas», que aparecen como personajes, son regateados por esas otras voces sonoras y sanguíneas que han tomado desde un inicio posesión del libro. A los poetas se los desea, se los sondea, pero también se los rechaza como a invasores por parte de ese afuera popular que es más bien un adentro y en donde la poesía sencillamente «sucede»: «dicen los poetas / que han venido / a comer / a la catedral / que lo que hacen es darle voz a la gente / que hay que moverles las bocas / a los muertos / que eso es la poesía ésa» (págs. 37-38).

Pero uno siente reparo al hablar de metapoésía, aunque esta se dé, pues el verdadero, indiscutible, valor del libro no consiste en tal o cual cumplida intención, en la capacidad de evocar esto o aquello, sino de serlo en efecto. Sus voces

se autoproclaman en un raro e hipnótico ejercicio de la función fática, una deliciosa opacidad sostenida a lo largo de las cuatro primeras secciones.

Algo de veras se pone de pie ante nuestros ojos, como si en efecto el lenguaje fuera un encantamiento, uno de esos milagros que hoy día lo son más, quizás porque la poesía actual en el mejor de los casos es más una poética y menos un acto de lenguaje, tal y como este libro denuncia, con su propia «hechura». Nos sentimos de repente invitados a un mundo en parte rural, infinitamente acogedor, lleno de noches de verano y charlas en los portales, un mundo humano por los cuatro costados, donde lo lógico es hablar de chimeneas, aperos de labranza, frutas y amores claros, objetos y situaciones por las que sentiríamos nostalgia si no constituyeran una trabazón coherente e integradora: «Yo venía por la sombra / aunque estaba cayendo la fresca / cuando alguien me dio la acera / con un canasto de membrillos / que no valdrían dos gordas [...]. Por eso me gusta / ir a andar a los carriles, / porque se ve la gente desde lejos. / Uno se prepara / para dar los buenos días / como si fuera verdad: *Ea, ahí vamos, ¿eh?*» (pág. 19).

Después, en la última sección, ese mundo-lenguaje se desgaja como una nube de propicia tormenta y se introduce otro que, aunque bien contaminado del anterior, sí quiere argumentar, en el que el tiempo sí existe, un lenguaje consistente ahora en su propia dubitativa voluntad de estilo, su propia denuncia de la literatura como ejercicio frívolo y ensimismado: «cuando seamos nuevamente / sólo partes disgregadas de una totalidad» (pág. 98). Uno se pregunta si era necesario este final, pero lo era, pues sin desengaño no hay conciencia del engaño, sin pérdida no hay encuentro. Y fingir ser el otro o lo otro todo el tiempo y sin fisuras sería igual a arrebatarlo, es decir, sí, como arrebatarnos a ellos la posibilidad de ser, todavía y con plenitud, nosotros mismos. ●